



LAMU

en el proceso de
independencia del Perú*

CARMEN MC EVOY**



MUJER

Composición de portada
de izquierda a derecha:
María Parado de Bellido,
madre e hijas Toledo
y Brígida Silva de Ochoa.

* Este texto forma parte de los folletos elaborados por el BCRP con motivo del Bicentenario. La versión diagramada lo puede encontrar en el siguiente enlace:
<https://www.bcrp.gob.pe/docs/Billetes-Monedas/Monedas-de-Coleccion/la-mujer-en-el-proceso-de-independencia-del-peru/mujeres-patriotas-folleto.pdf>

** Doctora en Historia Latinoamericana y presidenta del Consejo Consultivo del Proyecto Bicentenario. cmcevoy@sewane.edu

Como parte del programa numismático conmemorativo al Bicentenario, el Banco Central de Reserva ha decidido rendir homenaje y reconocimiento a la participación femenina en la lucha por la independencia del Perú. De la mano de Brígida Silva de Ochoa, las heroínas Toledo y María Parado de Bellido —los personajes que conforman esta serie numismática y el presente artículo—, la doctora en Historia Latinoamericana, Carmen Mc Evoy, visibiliza la labor de estas patriotas y, al mismo tiempo, nos incentiva a seguir explorando la vida de otras tantas valerosas mujeres que ayudaron a edificar nuestro camino a la libertad.

En su momento, la ilustre educadora Elvira García y García señaló que “al constituirse la república” surgieron mujeres admirables que lucharon desde diferentes posiciones por liberarla del yugo español. Por ello, no resulta un mero ritual el reconocimiento público que el general José de San Martín hizo a un grupo de ellas. A seis meses de declarada la independencia, la *Gaceta de Gobierno* señaló que “el sexo más sensible naturalmente” debía de ser “el más patriota”, porque “el carácter tierno” de las relaciones femeninas con la sociedad predisponía una mayor cercanía “al país en que se nació”. Es así como “el bello sexo del Perú”, caracterizado por sus “delicados sentimientos”, “no podía dejar de distinguirse por su decidido patriotismo” frente al “régimen de bronce”, refiriéndose al período que precedió a la declaración de independencia y que se caracterizó por sembrar el dolor y la

desgracia entre los peruanos. Luego de prometer que esa “aflicción universal” no volvería al Perú, San Martín anunció que su gobierno deseaba distinguir el mérito de toda persona cuyo corazón había “suspirado sinceramente por la patria” mediante un decreto y una distinción especial: “Las patriotas que más se hayan distinguido por su adhesión a la causa de la independencia del Perú usarán el distintivo de una banda de seda bicolor, blanca y encarnada que baje del hombro izquierdo al costado derecho, donde se enlazará con una pequeña borla de oro, llevando hacia la mitad de la misma banda una medalla de oro con las armas del Estado en el anverso, y esta inscripción en el reverso: *Al patriotismo de las más sensibles*”.

¿Cuál fue la contribución específica de las mujeres durante la independencia? Y aquí no me refiero solamente a la participación de las treinta y tres mujeres premiadas por San Martín, quien envió una señal potente respecto al

arquetipo de una guerra de hombres y por la fuerza, pues la labor de las mujeres que apostaron por la libertad visibilizó, como lo deja entrever el discurso sanmartiniano, una dimensión vinculada a la inteligencia y al amor incondicional por el terruño. Una serie de autores coinciden en señalar que las mujeres patriotas contribuyeron en labores de inteligencia: trasladando mensajes, realizando misiones de espionaje y repartiendo propaganda revolucionaria. Estas encomiables y peligrosas tareas, de las que Elvira García y García dio cuenta detallada, atravesaron a todas las clases sociales, por lo que es importante mencionar algunos nombres, como Manuela Estacio, involucrada en varios proyectos de conspiración, y Rosa Campusano, que buscó convencer a los oficiales realistas de que se unieran a los patriotas y cuya acción valerosa terminó en su encarcelamiento. También es preciso nombrar a Narcisa Arias de Saavedra y Lavalle, que recibió a las tropas de San Martín e incluso transformó su casa en un hospital, y a la iqueña Manuela Carbajal, quien donó su fortuna a la causa de la independencia y sirvió de vínculo entre la expedición libertadora y los patriotas. El caso de Dolores Vásquez, esclava de la hacienda de Santa Beatriz, muestra, por otro lado, que la causa de la libertad inspiró a los que carecían de ella, expresando la esperanza por una vida mejor, especialmente entre mujeres explotadas por un sistema patriarcal que era cruel e inhumano. Dolores y sus compañeros esclavos celebraron al ejército libertador dando “vivas a la patria” y quejándose a renglón seguido de un sistema “ajeno al carácter de humanidad y compasión” contra los pobres constantemente ultrajados.

¿Cómo hacemos para que la vida de las mujeres excepcionales no ensombrezca, sino, por el contrario, ilumine la de aquellas anónimas, como es el caso de Dolores Vásquez, entre otras? Esta pregunta, relacionada a la que se hace María Emma Mannarelli, historiadora peruana y especialista en estudios de género, es sumamente válida en vísperas del Bicentenario de la independencia del Perú. Aunque el verdadero objetivo de esta colección numismática es visibilizar la labor de **Brígida Silva de Ochoa, las heroínas Toledo y María Parado**

“

Aunque el verdadero objetivo de esta colección numismática es visibilizar la labor de Brígida Silva de Ochoa, las heroínas Toledo y María Parado de Bellido, también lo es el buscar mostrar con sus casos los esfuerzos de otras peruanas cuyas labores quedaron sepultadas en el olvido.

”

de Bellido, también lo es el buscar mostrar con sus casos los esfuerzos de otras peruanas cuyas labores quedaron sepultadas en el olvido. El ejercicio es necesario, ya que las valientes acciones de las celebradas pueden resonar entre millones de mujeres contemporáneas que buscan nuevos “caminos de autonomía”, aquello que Mannarelli llama el sentido de la independencia personal y colectiva. En esa línea argumentativa, el homenaje es a un grupo de mujeres patriotas que colaboraron desde sus respectivos espacios a la conquista de nuestra libertad, inicialmente acotada a lo masculino y a un campo estrictamente militar, sin dejar de explorar los elementos cívicos que las mujeres trajeron a la discusión que debe expandirse de cara al siglo XXI.

Brígida Silva de Ochoa

Empecemos por **Brígida Silva** (1767-1840), quien formó parte de una familia simpatizante de la causa patriótica por la cual arriesgó incluso la vida. Uno de sus hermanos, Remigio Silva, estuvo implicado en la conspiración contra Abascal en 1809 y el otro, Mateo, promovió una Junta de Gobierno en el Cusco. Con el apoyo de su esposo, Francisco Ochoa Camargo, Brígida fue informante del frustrado levantamiento de Aguilar y Ubalde en la capital imperial. Esta labor, de llevar y traer comunicaciones de los patriotas, era sumamente peligrosa, ya que el virrey Abascal contaba con una red de espionaje sumamente eficiente. Sin embargo,

debido a que su hijo se encontraba acuartelado en Santa Catalina sirviendo al ejército realista, Brígida prosiguió sus labores de espionaje, además del cuidado de prisioneros a los que llevaba consuelo, noticias y alimentos.

Los patriotas del Perú, entre ellos Brígida, no cesaban de remitir planes y cuantos datos creían necesarios para facilitar la empresa del general José de San Martín. “Acompañaban listas de todos los patriotas con quienes debía contar, se le indicaba los recursos y hasta se le mandaba los planos de los puertos y caletas por donde podían desembarcar”, recordó en su momento el historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna respecto al apoyo interno recibido por San Martín. Los patriotas se organizaron sigilosamente, redactando sus planes bajo la coordinación de Remigio Silva, hermano de Brígida. Ciertamente, la patriota peruana fue parte de una red de espías y “corresponsales sanmartinianos”. Vicuña le confiere el papel más relevante a uno de sus familiares más cercanos, el “prócer” limeño Silva, quien fue directamente implicado en la conspiración abortada para destituir a Abascal y liderada por su hermano Mateo Silva en 1809. Si bien no fue condenado como Mateo, que estuvo desterrado en un presidio, a Remigio Silva se le impuso el castigo de correr con las costas del juicio, circunstancia que explica la penuria económica que experimentó toda su familia. Es así como la conversión de Silva y de Brígida a la causa patriota tuvo su motivación inicial en la arbitrariedad de las autoridades españolas que personalmente experimentaron como núcleo familiar. El detonante definitivo de su apuesta por la separación se produjo en 1816, cuando, “por las consiguientes muertes

“

Con el apoyo de su esposo, Francisco Ochoa Camargo, Brígida fue informante del frustrado levantamiento de Aguilar y Ubalde en la capital imperial. Esta labor, de llevar y traer comunicaciones de los patriotas, era sumamente peligrosa, ya que el virrey Abascal contaba con una red de espionaje sumamente eficiente.

”

Brígida Silva de Ochoa (siglo XX).
Etna Velarde. Óleo sobre lienzo.

Colección del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú.





Vista de Lima desde el cerro San Cristóbal (1858).
En Manuel Atanasio Fuentes, *Estadística General de Lima*.

de su padre y hermano”, Remigio y, agregamos, su hermana “se consagraron a trabajar con ahínco por la independencia”.

Brígida fue el enlace entre los patriotas y el coronel Torres en 1807. Su ayuda fue fundamental en la evasión del párroco de Sica, José Medina, después del fracaso del levantamiento en el Alto Perú, por el que su hijo menor, José Ochoa, fue conducido a prisión. Preservando la entereza que caracterizó a esta familia de patriotas, el hijo de Brígida no declaró el lugar donde se ocultaba su hermano José María Ochoa y los de doña Brígida. En 1810, ella transmitió la palabra de orden a Anchoris y al cura Tagle, un insigne patriota. Refiriéndose al amor a la causa libertaria de doña Brígida, Tagle aseveró: “Ojalá todas las de su sexo hubieran coadyuvado como ella a formar la opinión pública, el patriotismo acendrado y el odio profundo a la tiranía”. Más

aún, la hermana de Remigio y Mateo sacrificó el último centavo de su fortuna para proporcionar víveres y vestidos a los prisioneros que visitaba, a pesar de las sospechas que podía provocar dicho comportamiento entre los detentadores del poder.

Declarada la independencia, la Junta de Purificación hizo evidente el gran servicio de Brígida a la causa emancipadora. Por decreto del 11 de enero de 1822, el general José de San Martín la declaró públicamente como “hija de la Patria” y se le concedió un diploma, que destacó sus virtudes y compromiso para con la independencia, y la consiguiente “divisa del patriotismo”. Doña Brígida falleció en Lima a una edad avanzada, rodeada del respeto de sus conciudadanos, aunque empobrecida, sin lograr cobrar puntualmente la pensión de treinta pesos que el gobierno le prometió.



Moneda de la serie numismática “La Mujer en el Proceso de Independencia del Perú” alusiva a Brígida Silva de Ochoa.

Heroínas Toledo

El impacto que tuvo la expedición libertadora en la sierra central es el gran tema del diario del militar tucumano José Segundo Roca, quien quedó muy impresionado por el fervor patriótico que mostró buena parte de su población ante la llegada de la columna militar, comandada por el general Álvarez de Arenales. Roca señalaba que desde que pisaron suelo peruano se dedicaron a observar “la estructura de las poblaciones, el aspecto de los campos, las costumbres de los habitantes”, así como “las efusiones de adhesión y entusiasmo” con que eran recibidos “por los vecinos de los pueblos” y “las palabras mismas de cariño” que les dirigían. “Todo era nuevo” y muy distinto a los “usos argentinos y chilenos”.

El apoyo que tanto conmovió a Roca no era solo de meras palabras: “los indios” y “las indias” ofrecían “espontáneamente sus vaquitas, ovejas, papas, quesos y cuanto tenían” para mantener a los expedicionarios, a quienes llamaban “patrianos, patriarcas, que sin duda creían sinónimos de patriotas”. Es en ese contexto que deben entenderse tanto el acto heroico de las Toledo como también el sacrificio supremo de María Parado de Bellido. Respecto a las primeras, es importante anotar que las hermanas María e Higinia Toledo y la madre, Cleofé Ramos de Toledo, eran habitantes de Concepción, un pueblo cerca de Huancayo. Las tres mujeres provenían de una familia de buena posición que defendió, desde sus inicios, la causa independentista. Ciertamente, las Toledo apoyaron abiertamente acciones en contra del avance realista sobre la sierra central.

Durante las luchas por la independencia, la región de Huancavelica, Concepción, Huancayo, Jauja, Tarma y Cerro de Pasco se convirtió en una zona estratégica. Ello debido a su geografía, recursos naturales y el coraje de una población con una memoria de movilización rebelde. En efecto, la llegada de la expedición

del general Arenales estimuló la organización de “guerrillas” y “montoneras”, un hecho que causó enorme preocupación entre los realistas, quienes enviaron, entre 1820 y 1821, una serie de columnas para contener el avance patriota. El objetivo era justamente destruir los focos gue-



Conjunto escultórico alusivo a las heroínas Toledo. Concepción, Junín. Foto: BCRP.



Madre e hijas Toledo (1966).

Etna Velarde. Óleo sobre lienzo.

Colección del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú.

rrilleros favorables a la independencia. Entre los jefes realistas se encontraba el coronel Jerónimo Valdés y sus tropas, que obedecían órdenes del general José Canterac. Para contrarrestar su presencia, las Toledo idearon un proyecto sumamente temerario: cortar la comunicación de Concepción con el exterior.

”Hermanos concepcioninos, los enemigos se acercan para cruzar por el puente Balsas. Toquen las campanas, vamos todos a defender nuestra tierra, por nuestros hijos, por nuestros hermanos, por todos los que murieron luchando por defender nuestro pueblo. Vamos al puente a luchar, lleven hachas, machetes, piedras. Vamos a impedir que crucen”. Con esta memorable arenga, Cleofé expresó el sentimiento libertario que embargó a buena parte de los pobladores de la sierra central en los años que precedieron y sucedieron a la independencia.

Para la matriarca de la familia Toledo, a quien el general José de San Martín otorgó la Medalla de Vencedoras, la lucha contra los españoles era por la tierra, pero también por el legado de las generaciones por venir. Era por ello que se debía evitar, incluso a costa de la propia vida, que los realistas cruzaran el puente que llevaba a su querida Concepción. De las palabras de Cleofé se deduce, también, que no había solo que preservar la integridad del pueblo, sino vengar a los que murieron en manos de los españoles. “Hoy lucharemos por nuestra tierra, herencia de nuestros hijos. El lugar donde vivimos lo defenderemos, si es posible con nuestras vidas. No tengan miedo, Dios está con nosotros. Vengaremos a nuestros hermanos que murieron; no permitiremos que los españoles crucen este puente, cortemos las amarras, cortemos cuando estén cruzando”.

La exhibición de coraje y valentía de las Toledo y el pueblo de Concepción ocurrió entre marzo y abril de 1821; la fecha no está del todo corroborada. Después de varias cargas de fusilería, de una orilla a la otra, y ante el avance de las fuerzas españolas, bajo el comando de Valdés y que iniciaban ya el cruce del río Mantaro, las Toledo, encabezando a los defensores de Concepción, lograron cortar las amarras del puente colgante. Este acto temerario fue ejecutado en medio del fuego enemigo, y con una rapidez que hasta hoy sorprende. Los soldados realistas que temerariamente avanzaban ya por el puente se hundieron y algunos probablemente se ahogaron en las tumultuosas aguas del Mantaro. Con esta notable acción de la sociedad civil, los patriotas ganaron un precioso tiempo para huir y ponerse a buen recaudo, mientras que Valdés tuvo que buscar un camino alternativo para cruzar el río. Cuando ello ocurrió y los realistas finalmente entraron a Concepción, la encontraron abandonada. El incendio de la ciudad que se opuso a los españoles —arriesgando incluso la vida— fue la venganza final de Valdés.

Los pobladores de Concepción se retiraron hacia la selva y las tres heroínas Toledo sobrevivieron escondidas hasta que, junto con el resto de personas, retornaron a su ciudad, que fue reconstruida luego de la derrota de los realistas. En cuanto a Valdés, el militar prosiguió su avance hacia Jauja, pero en Ataura se encontró con centenares de montoneros que le cerraban el paso. En la zona se produjo un sangriento enfrentamiento y, si bien los patriotas fueron derrotados, los realistas sufrieron severas bajas. Valdés se reunió con Ricafort en Jauja y ambos decidieron retornar a Lima, pues era imposible someter a la guerrilla indígena que amenazaba constantemente la sobrevivencia del ejército realista.



Moneda de la serie numismática “La Mujer en el Proceso de Independencia del Perú” alusiva a las heroínas Toledo.

María Parado de Bellido

Nacida en Ayacucho (Paras) en 1761 y ejecutada en Huamanga en 1822, **María Parado de Bellido** es considerada como una mártir de la independencia. Al recorrer su biografía descubrimos que fue hija natural de Fernando Parado, un criollo altopereño, y de Jacinta Jayo, una mujer indígena oriunda de la sierra central. Quechua hablante y cercana al mundo rural, la intrépida y abnegada patriota contrajo matrimonio a la edad de 15 años con Mariano Bellido, quien desde 1820 se desempeñaba como empleado de correos del distrito de Paras (Cangallo). El matrimonio tuvo siete hijos y el mayor, Tomás, junto con María y su esposo abrazaron desde muy temprano la causa patriota. Con antecedentes previos, su patriotismo militante empezó a tomar fuerza con el arribo de la expedición a la sierra del general Álvarez de Arenales, luego del desembarco de José de San Martín y sus huestes en la bahía de Paracas. Para comprender el sacrificio de María Parado de Bellido es necesario entender la coyuntura política pero también socio-económica en la cual le tocó vivir. En setiembre de 1820, el general San Martín, tras su desembarco en Paracas, encargó al general Arenales una columna cuyo objetivo era penetrar la sierra para neutralizar a los realistas y estimular, asimismo, la causa patriota. Arenales tomó Ica y, luego de imponerse en Nasca, subió a la sierra central por Puquio y ocupó la ciudad de Huamanga, antes de dirigir sus fuerzas al valle del Mantaro. Luego de establecer relaciones con los habitantes de la zona, se trasladó hacia Cerro de Pasco y regresó posteriormente a Huaura, donde se encontraba instalado el campamento del general San Martín.

La llegada de Arenales a la sierra avivó el sentimiento tanto separatista como represor, este último representado por las fuerzas realistas que reforzaron destacamentos en la sierra

luego del arribo de San Martín y la huida del virrey José de la Serna. En 1822, la autoridad española ordenó a las tropas del general José Canterac, estacionadas en Jauja, que enfrentarían a los insurgentes. Canterac encomendó al general Carratalá la tarea de reprimir el movimiento ayacuchano. Fue en ese contexto que Tomás Bellido, hijo de María, fue capturado y fusilado en Cangallo. El dolor de perder a su hijo fue remontado con el activismo de sus padres, quienes prosiguieron colaborando con el movimiento patriota en calidad de informantes. Al respecto, el historiador Nelson Pereyra señala que el principal efecto de la Expedición Libertadora del Sur y de las proclamas de San Martín fue la reactivación de las guerrillas en la intendencia de Huamanga. Solo con el respaldo de las partidas de Pampa Cangallo pudo Arenales llegar a Huamanga y continuar con su recorrido hacia la sierra central. Mariano Bellido y algunos miembros de su entorno familiar, entre ellos su esposa María, decidieron apoyar a las fuerzas patriotas en el crucial bienio 1820-1822. Tomás Bellido, uno de los hijos del matrimonio, se enlistó en las partidas guerrilleras de Cayetano Quirós, con quien su madre mantenía correspondencia. Pereyra presume que Mariano Bellido y sus allegados complotaron contra los españoles desde el año de la insurrección del Cusco. Es por ello que las fuentes registran a otras personas con el mismo apellido como colaboradores de la causa libertaria.

No fueron solo las promesas de abolición del tributo las que llevaron a campesinos como Mariano Bellido, María Parado de Bellido y demás pobladores de la zona guerrillera a apoyar a los insurgentes en 1814-1815 y en 1820-1824, como plantea el historiador José Luis Igue. El interregno liberal y la Constitución gaditana, que otorgaba la ciudadanía

María Parado de Bellido (1964).

Etna Velarde. Óleo sobre lienzo.

Colección del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú.





Estatua de María Parado de Bellido.

Plazoleta María Parado de Bellido. Huamanga, Ayacucho.

Foto: Dirección Desconcentrada de Cultura de Ayacucho - Raúl Mancilla.

comunidades, el prestigio social y hasta imponer disposiciones y cupos sobre criollos y mestizos. Es el caso del citado José Bellido, nombrado como teniente gobernador del partido de Vilcashuamán en 1822, en pleno año de agitación guerrillera, como vimos antes, y del mismo Mariano Bellido, quien adquirió poder y prestigio luego del fusilamiento de su esposa. El liberalismo, al instaurar nuevos órganos de gobierno y una novedosa práctica política, constituyó, subraya Pereyra, una rica experiencia política y mental que impactó y movilizó a diferentes sectores de la sociedad regional. Para los campesinos, en especial, el liberalismo fue una ocasión única para plantear demandas, lograr la igualdad ciudadana y ocupar los espacios de poder local que en una coyuntura normal les eran negados.

De acuerdo con Pereyra, María Parado de Bellido constituye uno de los arquetipos de una profunda movilización social, siendo su tarea transmitir información importante sobre el movimiento de los realistas. Sin embargo, y a diferencia de sus pares masculinos, la hazaña y sacrificio de María fueron silenciados a lo largo del siglo XIX. Ciertamente, si bien su ascenso al panteón de los héroes ocurrió en la centuria pasada, la invisibilización de esta patriota tuvo que ver, de acuerdo con Pereyra, con las características étnicas e incluso de género, a pesar de que ella —agregaríamos nosotros— no dudó en entregar al hijo amado a la causa patriota, además de llevarse a la tumba el nombre de sus colaboradores.

a la población indígena, generaron un espacio para su actuación política de acuerdo con Pereyra. En los siguientes años no solo consiguieron la ansiada exoneración tributaria, sino también el poder en pueblos, anexos y

“

Luego de que se le preguntara por enésima vez los nombres de sus cómplices, la ayacuchana se negó y, dirigiéndose a sus verdugos, rechazó la conmutación de su pena que se le ofrecía por su traición:
“No estoy aquí para informar a ustedes, sino para sacrificarme por la causa de la libertad”.

”



Moneda de la serie numismática "La Mujer en el Proceso de Independencia del Perú" alusiva a María Parado de Bellido.

A pesar de su dedicación y compromiso el movimiento emancipador, los defensores de la independencia en la sierra quedaron desgarrados cuando Arenales volvió a la costa y las fuerzas realistas, al mando del general Carratalá, decidieron retomar los espacios en manos de los rebeldes, ejerciendo en el camino una represión brutal. Es en ese escenario de violencia desatada, de delación y venganza que es posible entender el papel que María Parado de Bellido desempeñó a favor de la causa patriota. Por ser analfabeta, María dictaba las cartas dirigidas a su esposo a un amigo, quien trasladaba la información al cuartel del guerrillero patriota Cayetano Quirós. De esa manera, los patriotas fueron alertados sobre la futura incursión del ejército realista al pueblo de Quilcamachay, el 29 de marzo de 1822, y la localidad pudo ser evacuada a tiempo. En el bolsillo de la casaca de un guerrillero, caído en combate, los hombres de Carratalá encontraron la carta que salvó la vida a muchos.

Espía de las montoneras de la sierra central y descubierta en esa condición, Parado de Bellido fue sometida a varias sesiones de tortura física y psicológica por parte del general José Carratalá, quien le ofreció perdonarle la vida si revelaba los nombres de sus cómplices y delataba los planes de las fuerzas insurgentes. No lo hizo y escogió la muerte antes que la delación de un amigo: Matías Madrid. Por su decisión, que salvó muchas vidas de patriotas peruanos, fue condenada a enfrentar un pelotón de fusilamiento, en la Pampa del Arco, Ayacucho, el 1 de mayo de 1822.

Su camino a la muerte fue difícil pero pleno de dignidad y amor por el Perú libre que ella ayudó, con su vida, a consolidar. Custodiada por las fuerzas realistas, la heroína ayacuchana fue llevada a la plaza de Huamanga. Para hacer la agonía más dolorosa, Carratalá dictaminó que en cada esquina un oficial leyera la sentencia dictada por él, "para escarmiento y ejemplo de los posteriores por haberse rebelado contra el rey y el señor del Perú".

Parado de Bellido no fue avasallada y mantuvo una actitud altiva al ser conducida a la plaza del Arco, donde la esperaba el pelotón de fusilamiento. Luego de que se le preguntara por enésima vez los nombres de sus cómplices, la ayacuchana se negó y, dirigiéndose a sus verdugos, rechazó la conmutación de su pena que se le ofrecía por su traición: "No estoy aquí para informar a ustedes, sino para sacrificarme por la causa de la libertad", arrojándose luego a rezar y a esperar la muerte, que llegó mediante dos descargas de fusil. Su cadáver fue sepultado en la iglesia de la Merced, mientras sus hijas quedaron abandonadas porque ni siquiera fueron aceptadas en el monasterio donde fueron a buscar cobijo para sus desgracias. Luego de la consolidación de la independencia en la tierra de Parado de Bellido (Ayacucho, 1824), Simón Bolívar otorgó a las hijas de la heroína una casa que había pertenecido a un soldado realista de Huamanga. Mujer de vanguardia, la heroína de Paras nos dio una lección realmente admirable de heroísmo y entereza ante la adversidad.

